

Josep Janés en su centenario: 'A dos tintas'

El niño prodigio de la edición fue un editor genial: en 25 años dejó tras de sí 1.600 títulos, muchos decisivos para la historia cultural del país y un ejemplo para futuros colegas.

JORGE HERRALDE

En primer lugar, quiero felicitar a Josep Mengual, autor de *A dos tintas. Josep Janés, poeta y editor*, por el documentadísimo libro sobre el gran Janés, un trabajo nada fácil ante un personaje tan plurifacético y singular. Y también a mi joven colega y amigo Miguel Aguilar, que ha publicado en Debate, con pulcritud y esmero, dicho libro.

En L'Hospitalet, en abril de 1987, tuve el honor y el placer de participar en un homenaje, Memorial Josep Janés, junto a la indispensable estudiosa Jacqueline Hurlley, pionera en sus estudios sobre Janés y autora de libros como *La literatura inglesa del siglo XX en la España de la posguerra: la aportación de José Janés* (1983),

su tesis doctoral, *Josep Janés. El combat per la cultura* (1986) y *José Jané: editor de literatura inglesa* (1992), no menos indispensables. Allí leí un texto en el que decía que Janés fue “el primero que me hizo atisbar y reconocer lo que significa ser un editor”, quien “personificó la figura de un auténtico editor, es decir alguien que configura un catálogo, lo vive, que deja sus huellas más o menos en filigrana, a través de los libros que lo han seducido”. Y más adelante afirmaba: “Pienso que una característica fundamental del editor de raza es la curiosidad intelectual que se traduce en una función imprescindible de agitador cultural. Otro rasgo importantísimo es el amor, yo diría casi el fetichismo por los libros, en su totalidad: la presentación, el diseño, la tipografía, la calidad de las traducciones, en resumen el cuidado exquisito de la edición”. Y desde luego Janés demostró cumplidamente ser un editor de raza.

Mengual, en su libro, constata que “Janés creó infinidad de editoriales, sellos, colecciones y series, lo que sin duda creó una cierta confusión”, aunque añade que fue “un encomiable rasgo de astucia”, otra de sus astucias, ya que facilitaba las escasas cuotas de papel en la posguerra, que “se otorgaban a editoriales, no a editores, y que la estrategia de diversificación de Janés le permitía una mayor producción”.

Pero, en cualquier caso, una dificultad no menor para su biógrafo ha sido ordenar y clasificar esa orgía y ese galimatías de publicaciones de Janés, sobre todo en épocas de “plena vorágine creativa”, como la llama Mengual. En 1947, afirma “a los 33 años de edad, y apenas siete años después de la guerra, Janés transmitía una imagen de triunfador, de éxito empresarial y social que no podían hacer prever los problemas que debería afrontar”. Sirva como ejemplo inapelable de su triunfo arrollador que entonces Janés compró, entre otras empresas, la editorial Lara de su arruinado colega José Manuel Lara Hernández. Sí, el que luego fundó Planeta

y después adquirió tantos sellos rivales de su época (Seix Barral, Destino) pero no Janés, es decir Plaza Janés.

Destacaré solo dos colecciones. En el capítulo 'Incesante e inagotable' se nos informa de una nueva e importante colección, "Manantial que no Cesa", presentada por el editor con las siguientes palabras:

"Una biblioteca que quiere procurar con la máxima frecuencia al máximo número de lectores, una nutrida colección de libros escogidos e inmejorablemente presentados, a un precio mínimo.

Se ha establecido una clasificación en trece series para dar cabida en cada una de ellas a libros de una definida y característica especialidad. Cada serie podrá identificarse por la inicial que sigue en cada título en las listas que figuran en la sobrecubierta".

Se trataba de unas colecciones de bolsillo en España, de una extrema elegancia, como era habitual en las publicaciones de Janés.

La otra es su colección "El Mensaje". En su conferencia de 1955 *Aventuras y desventuras de un editor*, esta fue la única colección a la que dedicó una atención particular y específica:

"Solo desde hace un par de años ha empezado a cobrar realidad una ambición mía que es tan vieja como mi vocación de editor: la de reunir en una colección sobriamente concebida y realizada un panorama vasto y completo de todo lo fundamental que ha producido el pensamiento humano. Esta idea, acariciada desde hace tantos años, empezó a cobrar realidad hace poco tiempo con la aparición de los primeros tomos de la serie *El Mensaje*. Llevo publicados hasta ahora una treintena de volúmenes. El ritmo de aparición resulta por ahora tan lento que difícilmente podré dar por terminada la labor en lo que me queda de vida, por larga que sea la que Dios me conceda".

Su colaborador durante muchos años Fernando Gutiérrez, afirmó que Janés "la llamó la obra de su vida" y "cuando empezaron a salir los primeros volúmenes, Janés se consideró como el hombre que cumple una sagrada misión". Empezó con *Los Rubaiyat*, de Omar Khayyam; la *Odisea*; los *Fragmentos de un diario íntimo*, de

Amiel; los *Cantos*, de Leopardi; *Guerra y paz*, de Tolstói; el *Teatro*, de Christopher Marlowe; el *Ramayana*... Títulos que muestran la inequívoca ambición editorial de Janés.

Ahora, la lectura de *A dos tintas* me ha revelado aspectos desconocidos de su labor, muy en especial su importante papel como editor en catalán, me ha recordado otras y ha reavivado muchos recuerdos de mi visión de Janés.

Mi primer recuerdo de los libros que publicó Janés fueron, en mi infancia, los de una colección de humor de rasgos inequívocos, con un curioso título *Al Monigote de Papel*, con dibujos caricaturescos en blanco y negro, alusivos al texto en la portada, y en los que descubrí, en especial, a un autor, P. G. Wodehouse, de quien devoré todos los volúmenes que había en casa, pedí que me compraran libros nuevos para mis fiestas de santo o cumpleaños, y también a Chesterton, Max Beerbohm y a humoristas italianos o españoles de la cantera de *La Codorniz*, encabezados por su último director, Álvaro de Laiglesia, y gloriosos antecesores como Tono o Miguel Mihura. Pero mi preferido, de largo, fue Wodehouse: aquel escritor que tanto me divertía con las peripecias de Jeeves, el sabio ayuda de cámara de Bertie Wooster, un joven algo botarate y lechuguino, como sus compinches del Club de los Zánganos, las aventuras en el castillo de Blandings, con Lord Emsworth y sus mimadísimas cerdas de concurso, y tantos otros, de quien luego me enteré de que era uno de los grandes humoristas del siglo XX, si no el mejor, y de quien he publicado luego en Anagrama una veintena de títulos. Cabe destacar la importantísima presencia del humor en los catálogos de Janés desparramados en multitud de colecciones: "Al Monigote de Papel", "El Club de la Alegría", "La Hostería del Buen Humor", "Colección Wodehouse"...

Después, en la adolescencia, fui leyendo otros muchos títulos publicados por Janés y pude deleitarme viendo el despliegue de sus innumerables colecciones en casa de mi gran amigo Carlos Durán, que luego fue cineasta y uno de los puntales de la Escuela de Barcelona, en su piso del paseo de San Juan, y cuyo padre era el encuadernador y gran amigo de Janés. Se afirma en el libro que uno de sus grandes aciertos fue la creación de cuidadas colecciones para que “legitimaran” estéticamente las bibliotecas de la nueva burguesía adinerada de aquellos años, y la de los Durán era un ejemplo perfecto: allí estaban todos y cada uno de los libros de Janés, que yo iba repasando con fruición. Y como anécdota personal: para llegar al cuarto de Carlos Durán, donde nos reuníamos los amigos, había que atravesar el salón donde, sentados en sendos sillones junto a la chimenea, estaban una tarde el encuadernador y el mismísimo Janés, a quién saludé reverencialmente.

Para no hacer una lista interminable, destacaré dos autores que publicó Janés y que se convirtieron, entonces, en mis dos autores preferidos en el ámbito de la gran literatura contemporánea. Uno era el noruego Knut Kamsun, el autor de *Hambre* y de *Pan*, entre otras (que intenté años después recuperar y solo lo conseguí con *Pan*), y otro fue el inglés Aldous Huxley, el autor de la célebre *Contrapunto* y de quien Janés publicó, por ejemplo, *Un mundo feliz* y una deliciosa novela breve, *Dos o tres gracias*, con la descripción de un personaje que aún recuerdo literalmente: “Era un pelma adherente, pasivo, vegetal. No penetrante de manera activa”. (¿Quién no conoce alguno? Y quizá lo hemos sido nosotros mismos, ¡horror!, para otros congéneres, en alguna ocasión). Y en otro registro, la gran impresión que me causó *La montaña mágica* o, en un volumen, la mejor narrativa de John Dos Passos, *Manhattan Transfer* y la trilogía *USA*.

Jacqueline Hurtley ha estudiado minuciosamente la dedicación de Janés a la literatura inglesa, tan mal vista por la censura franquista en los primeros años de la posguerra por la simple razón de que Inglaterra estaba en el bando de los aliados frente

a los alemanes. O sea, era la “pérfida Albión”. Y las tijeras de la censura que provocaron que muchos grandes escritores ingleses terminaran prefiriendo publicar sus textos intactos en buenas editoriales de América Latina como *Sudamericana*, del exiliado catalán López Llausás.

Y, siguiendo con los recuerdos personales, un día vi en la biblioteca de los Durán un ejemplar de *Bonjour, tristesse* y me extrañó que hubiera pasado la censura. Al mirar las portadillas figuraba “Impreso en México” a cargo de una fantasmal José Janés Mexicana, según nos informa Mengual, que capitaneaba, por así decir, Pere Calders, quien fue gran amigo y colaborador en la etapa catalana de Janés. Astucias para burlar la censura. Por cierto, entre los primeros números de “Narrativas hispánicas” de Anagrama figuraba, en 1984, *Ruleta rusa* y otros cuentos de este gran autor (a quien conocí en un almuerzo en el Amaya con su agente literario Ramón Serrano) y más tarde la novela *Ronda naval bajo la niebla*.

Otra anécdota, oída en casa de los Durán: cada viernes o sábado Janés se reunía con sus más próximos colaboradores para distribuirse las visitas a los bancos con los que trabajaba: lograr créditos, aplazarlos, acaso cancelarlos, negociar y aplazar letras de cambio, etcétera. Janés afirmaba entonces, burlescamente, muy ufano: “Jo sóc un home de lletres”. Y en el libro lo confirma su colaborador y autor Francisco Candel, cuando al intentar ponerse en contacto con él, a raíz del escándalo de la publicación de *Donde la ciudad cambia su nombre*, escribe que Janés, “como de costumbre, andaba preocupado por letras, bancos y vencimientos”.

Y, para terminar, mis dos primeras fantasías editoriales se originaron a causa de Janés. Tras su súbita muerte, Carlos Durán y yo estuvimos pensando en la posibilidad de que nuestros padres nos prestaran el dinero para comprar la editorial a su viuda y, si recuerdo bien, Carlos habló con su padre y parece que el monto no era muy elevado (otra cosa sería, me temo, el monto de las deudas). Pero rápidamente, como es sabido, la compró Germán Plaza y nuestra fantasía se desvaneció. Sin duda, un bocado demasiado

grande para dos jovencitos entusiastas pero totalmente inexpertos. Y me tuve que limitar a comprar unos cuantos tomos de su biblioteca personal que estaba a la venta en la Librería Porter.

La siguiente fantasía, poco después, no era menos impracticable. Sabíamos, por la experiencia del padre de Carlos, que la censura para los libros caros no era tan severa como en el caso de las ediciones normales. Así, en los volúmenes de ediciones de obras completas o selectas, en piel, de Janés se colaban títulos de imposible edición a precios asequibles. Nuestros ídolos de entonces eran Sartre y Camus y pensamos en una posible edición con precios disuasorios *ma non troppo* de sus obras completas. Incluso nos atrevimos a tener una reunión, en el altillo del bar-librería Cristal City, con Jaime Salinas, a quien yo conocía de Seix Barral, y le explicamos la idea. Con su dicción de español de Boston inimitable aunque a menudo imitada (impostado tartamudeo, perplejidad súbita, cómico asombro, con mucha ceja levantada, todo ello con una lograda teatralidad sobrentendida), Salinas no logró disuadirnos de este proyecto que le parecía como mínimo muy anómalo, pero en Gallimard sí lo hicieron con Carlos en su esperanzada visita a París: Sartre y Camus tenían ya su editorial, Losada, aunque no fuera en "Obras Completas", y mejor que abandonáramos nuestras quimeras.

Luego hubo un tercer proyecto, más encauzado, en el que estuve trabajando unos meses pero que no prosperó, y al cuarto intento surgió Anagrama.

Hay una faceta en Janés que me lo hace muy próximo: se destaca en una entrevista que Janés estaba muy atareado corrigiendo unas pruebas que habían de estar listas al cabo de una hora. En la mesa, pliegos de papel, retratos, dibujos, muestras de color, notas, etcétera, lo que es indicativo de que Janés trabajaba frenéticamente en todas las fases del proceso editorial.

Y también Tomás Salvador, novelista, editor y de paso policía y legionario, además de excelente persona que tantos favores hizo a jóvenes escritores (como Javier Tomeo), hace una descripción muy verosímil de Janés: "Recuerdo muchas tardes en el despacho de la calle Muntaner. Permanecía apenas unos instantes. No tocaba nada, pasaba como un meteoro; pero en unos pocos segundos desechaba o aprobaba un boceto, dictaba un eslogan, apartaba una bodoni, despachaba a un inglés y firmaba la correspondencia". Y añade Mengual: "Janés vivió la vida a todo ritmo".

El combat per la cultura llamaba Jacqueline Hurlley al empeño de Janés, quien tituló un libro suyo *El combat del somni*, un sueño al que dedicó su editorial, es decir, su vida.

Clara Janés alude a su padre hablando "del goce que abarcaba de lo más popular y tradicional a lo más intelectual y atrevido, de un modo de ser abierto y generoso, me atrevería a decir de la bondad de la inteligencia". La bondad de la inteligencia y también la alegría de las travesuras y algunas trapisondas, como se muestra en este libro que no cae en la hagiografía ñoña. Por otra parte, es sabido que los editores somos casi seres angelicales, pero no *full time*.

Tras la lectura de *A dos tintas* me reafirmo en mi intuición juvenil de Janés como un auténtico editor. Janés murió joven, demasiado joven, a los 46 años, y dejó tras de sí, en 25 años de editor, 1.600 títulos, muchos de ellos decisivos para la historia cultural del país y un ejemplo para futuros colegas. Y diría ahora, con mayor conocimiento de causa, que el niño prodigio de la edición se convirtió en un editor genial.



JORGE HERRALDE ES EDITOR Y OCASIONALMENTE ESCRITOR.